

**juan radrigán**  
**el vino de la cobardía**



**EL VINO DE LA COBARDIA**

EL VINO  
DE LA  
COBARDIA

EL VIÑO DE LA COBARONA

INSCRIPCION N.º 35364

---

IMPRESORES GUERRERO Y RECABARREN LTDA.  
SANTIAGO - CHILE

JUAN  
RADRIGAN

EL VINO  
DE LA  
COBARDIA

1 9 6 8

**La visión de Cristo  
que tú tienes, es la  
de mi peor enemigo.**

**W. BLAKE**

**L** O repito: es como si me pidieseis un pedazo de luna o un puñado de viento; yo no puedo perdonar ni olvidar, pues siento que ambas soluciones, al igual que el suicidio, son sólo formas barnizadas de aceptar el fracaso.

Por lo demás, si repaso los acontecimientos no es para declararme inocente; lo que ansío encontrar es mi justificación existencial. No importa que yo perezca, lo esencial es que la vida no muera.

Ustedes han visto y escuchado diferentes escenas y creen poseer una visión clara y precisa del asunto, pero se equivocan. Hay tantas verdades como personas intervienen en un hecho, no obstante si se juntan todas esas verdades se obtiene una colosal mentira.

En lo sucedido intervino, más que nada, el miedo a la esterilidad, la angustia arrebatadora de tener que admitir que la vida es un absurdo, un algo extraño, sin forma ni significado.

Eso es lo que rechazo, rotunda, desesperadamente. No podemos vivir atemorizados por la inminencia de lo súbito. Un hecho baladí no puede destruir una vida, no puede. Lo hizo, pero no puede.

No me acusen de incoherente. Todo lo que digo es vital para comprenderme; sólo pasa que tengo demasiadas cosas que decir. Mi cerebro es como un cuarto cerrado con un vendaval de voces discordantes en su interior. Me acosan, me hostilizan, me asustan. Sobre todo, eso: me asustan.

¿Qué hice? ¿Qué sucedió?

No lo sé.

¿Tras nosotros, hay un plan inmenso?

¿O sólo existe el vacío?

¿Cuál es el fin a que tiende la vida?

¿Qué es ese Algo que estamos siempre esforzándonos por alcanzar sin conseguirlo nunca?

Pero... ¿existe ese Algo?

No, no divago.

Sucede que la ausencia de los seres queridos ha dejado vacío mi universo.

Sucede que es invierno.

Sucede que cae la tarde y estoy solo.

Desde la ventana veo un paisaje gris, inhóspito; de la mojada tierra no se eleva un rumor; de las ramas de los árboles, desnudas de hojas y de pájaros, cuelgan pequeños trozos de lluvia; el cielo es una inmensa mancha cenicienta, seca y dura. Todo yace en una calma tan vasta y profunda que provoca en mí una impresión desesperada y melancólica, un estado que estruja mi alma y llena mi espíritu de congoja.

Siento un pánico sordo, una angustia feroz contra la cual no puedo luchar. Dominado por una irrefrenable necesidad de compañía; enternecido, blando, asustado; dispuesto al perdón, al olvido, al cilicio; a lo que sea, me traiciono por un instante y llamo, desde el fondo de la sangre, a mi adorada Valeria, a mis idolatrados hijos.

Pero no vienen.

No pueden venir.

La presencia de su ausencia en esta casa vacía es un puñal de hielo que duele y encoleriza, es un desfile interminable de esperpentos que me rodean sigilosamente tramando la gran conjuración de la muerte.

Suelto y prisionero dentro de esta casa.

Dentro de esta ciudad

dentro de este mundo

dentro de mí mismo.

Rodeado de cadáveres invisibles, recuento.

Es amargo.

Sólo me queda un inubicable temor.

Y un odio enfermo de soledad que llevo de un lugar a otro, como un fardo de rutina.

Es preciso confesarlo: el odio es sólo un amor enloquecido.

Es preciso confesarlo, porque la noche parece un oscuro animal agazapado y ante mí pasan todos los momentos.

El tiempo en que era una criatura.

El tiempo en que di los primeros pasos y todos se emocionaron.

El tiempo esplendoroso del asombro.

El tiempo de la luna en las calles y la muchacha que me miraba a los ojos.

El tiempo de la cósmica alegría de tener un hijo.

El tiempo en que todo el mundo parecía nuestro...

Nada de eso existe ya. Nada.

Todo lo que miraron nuestros ojos, todo lo que tocaron nuestras manos, ha muerto. También han muerto las calles que nos vieron pasar y los seres que conocimos. Cuanto nos rodeó está ahora opaco y frío y silencioso: nada contiene poesía, nada posee significado. En las noches de verano abríamos las ventanas del dormitorio para que entrara el aire fresco y la luna entraba con él. Entonces una grata sensación de porvenir nos alegraba, escuchando la liviana respiración de los niños el alma se nos volvía un animalillo tierno y consentido. Eso también ha muerto. Todo está consumado, en ninguna parte, ni en ningún momento volveremos a tener otra oportunidad. El horror más grande es descubrir que nuestra vida es irremediablemente una.

¿Por qué existió Valeria?

¿Por qué existí yo?

Y lo que es más importante, ¿por qué en determinado momento quedamos frente a frente y nos unimos?

¿Hay alguna razón que libere nuestras vidas de la nulidad?

Siento que hemos ido a un sacrificio chato y sin nombre, vacío, absolutamente vacío.

Y este silencio sangriento que me rodea...

Todo está quieto y mudo. Sólo el castaño, allá en el fondo del patio, parece tener vida. Veo agitarse tenuemente sus ramas y percibo en la paz de la noche el rumor del agua que corre por la acequia. Allí jugaba Talía; allí hubiese jugado Mauricio. Ahora de ese inmenso jardín parece elevarse una delgada queja de soledad. Siento como si algo desconocido y enigmático me envolviera. Arriba, grises nubes se mueven furtivamente, aplastadas, encogidas por el silencio terrorífico del cielo. La luna se está muriendo, se desvanece trágicamente. Una finísima llovizna comienza a caer.

Entonces el paisaje adquiere una desolación indescribible.

Las preguntas, las viejas preguntas sin respuestas, saltan frenéticas desde todos los rincones de mi ardiente cerebro.

¿Dónde está Talía? ¿Dónde está Mauricio?... Eran míos, enteramente míos, hermosamente míos... Durante treinta años los llevé escondidos dentro de la sangre, encerrados en lo más profundo y sagrado. La certeza de su existencia era lo que daba significado a mi presencia; por ellos yo era Alguien. Un ser necesario, único e irremplazable... A ella también la llevé adentro, iluminándome como un milagro, explicando el absurdo, proyectándome más allá de mis huesos. Era la gran respuesta, la prodigiosa respuesta... Pero se fue... se la llevaron... consintió... ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...

¡¡Qué demonios fue lo que pasó!!

El camino que me trajo a este estado de completa confusión fue ilógico, estremecedor. Arrastré desde mi nacimiento un anhelo infinito: vivir. Pero lo monstruoso es que ese humildísimo deseo jamás llegó a concretarse: por

uno u otro motivo fui llevado siempre por una senda en la que nunca me sentí realizado.

Todo estaba esperándome, abundante y llano: el fuego, las estrellas, los árboles y la mujer. De todo había para mí en la tierra; y llegué a ellos con el corazón abierto, cargado de ansias. Sin embargo no pude disfrutar de nada. ¿Por qué? ¿Qué es lo que fracasa?

Sea lo que sea es innecesario.

De eso estoy completamente seguro.

Y esta inquebrantable convicción de ser maltratado injustamente es la causa de que no esté preparado para enfrentar a la muerte.

El hombre está capacitado para soportarlo todo, excepto la injusticia.

Ustedes dirán:

—No era a su muerte a lo que se enfrentaba.

Pregunto:

—¿Y ustedes creen, por ventura, que hay una sola forma de morir? ¿Qué sencillo sería todo si fuese así!

—¿El padre Andrés? Sí, claro, él también lo dijo. Pero no deben dar tan desmesurada importancia a sus palabras. No porque sea sacerdote va tener el monopolio de la verdad. El miente, aunque sea desgarrándose, aunque lo haga en forma de cruz, miente. El padre Andrés es un paraíso vacío.

Yo no estoy loco. Ciertamente, mi cerebro se ha debilitado mucho, pero reina en él un perfecto equilibrio. Lo que sucede es que Andrés tiene demasiado cielo en la sangre y eso lo hace brutal.

Al insinuar que no estoy en mis cabales busca darme a entender que nada de lo que diga o haga puede tocar a Dios. Desde luego que la suya es una posición asaz delicada, pues implicaría fijar un límite al Creador, pero esto él no está dispuesto a discutirlo conmigo. Siempre me juzgó a la ligera, de pasada.

Sólo cuando le dije que Valeria no podía seguir vi-  
viendo pareció excitarlo mi presencia. Lo recuerdo bien.  
Giró rápidamente sobre el asiento y clavó en mí una mi-  
rada llena de angustia.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¡Déjate de bromas!

Le repliqué que no era ninguna broma.

—Hablémoslo con calma —dijo tensamente—. Hablé-  
moslo con calma, Job, ¿qué sucedió?

Se lo conté, hilando lo más fino que pude. Pareció  
aliviar. Eso me ofuscó. Le dije crudamente:

—Voy a matarla.

Y después:

—Eres mi hermano.

Y me quedé mirándolo hasta que algo nos dolió.

—Pareces odiarme— dijo, como a punto de ahogarse,  
Me cogió un escalofrío de tristeza.

—Dios nos ha separado —respondí con lentitud.

—El hecho de ser sacerdote no me limita, Job, si eso  
es lo que quieres decir. Al contrario, sometido volunta-  
riamente al yugo de Dios, gozo de una profunda libertad.  
Abrete y mírate. “El alma que esté pecando... ella misma  
morirá”.

—¿No estás oficiando misa?

Cuando dije aquello, sucedió algo extraño. Se acercó  
hasta casi toparme el rostro con el suyo y me acusó de  
querer destruirlo:

—¡El sacerdote y el asesino! —dijo— como quien anun-  
cia un número circense.— ¡Vamos, apuesten, quien  
gana! —recapacitó—. Es ridículo... ¿Por qué no visitas  
un siquiatra y me dejas en paz de una vez con tus llo-  
riqueos? Todo puede solucionarse con un poco de com-  
prensión, pero rehusas creer en nada que no sea en ti. Y  
blasfemas. ¡El colmo, el colmo!

Intempestivamente miró la hora y me sonrió con des-  
gano.

—El jueves es mi día más pesado dijo a manera de ex-  
cusa—. Te daré una tarjeta.

—Vete al diablo, respondí.

—Siempre el diablo —comentó mientras escribía.

—Es bueno temer al demonio —dije y salí rápidamente.

Una tarjeta. Quiso darme una recomendación para un siquiatra. Esta cruel prueba de su inhumanidad me produjo un dolor insoportable, una helada sensación de desamparo, que se fue transformando lentamente en pavor. La calumnia es un pecado enorme... Su infierno celeste es más horrible que el mío... Siempre presos, compañeros; siempre encadenados a Dios o al demonio...

No, nadie puede llamarme loco. El juicio de Andrés sobre mi equilibrio emocional es una confabulación trágica y grotesca, tramada por nosotros mismos. Hilamos la vida en la rueda del miedo.

Al caos no se precipita uno de golpe, no, se llega a él lenta, cobardemente. Comencé a descubrirlo cuando Valeria iba a irse y yo le pregunté por la suerte que correrían los niños.

Ella siguió haciendo paquetes, sin darse por aludida. Le repetí la pregunta, en tono airado. Entonces contestó, con fastidio:

—¿No hablamos de eso, ya?: Son tuyos.

La naturalidad con que lo dijo me espantó. Pero como no podía saber hasta qué punto era sincera, esta molestia no se tornó en furia, quedó pegada en un rincón de mi cerebro, bullendo sordamente.

—¡Son tus hijos!— le grité.

Se encogió de hombros.

Unido al eco de mi exclamación llegó el llanto del pequeño Mauricio. Ella ni siquiera miró hacia la cuna.

Traspiré. Creí que iba a sofocarme.

—Valeria...

—¡Déjame en paz!— respondió exacerbada.

Salí al patio, dolido e intranquilo: siempre temí dañarla.

La noche estaba hermosa: cargados de luna y sombras

los tilos se mecían; la llave del agua, la ropa colgada, las piedras: todo parecía estar envuelto en un cálido asombro. Corría una brisa tibia, caían algunas hojas; la vieja tierra reposaba. Al fondo, nuestra hija se entretenía. Es morena, delgada, un poco triste; tiene el pelo negro y encrepado como una noche furiosa. Es bonita mi niña, pero sus ojos color de miel lo miran todo con una rara mezcla de temor y exaltación. Durante la noche sufre sobresaltos, en el día huye a jugar con otras niñas, pero no sabe hacerlo: es demasiado adulta y vuelve desalentada, cabizbaja. Mi hija parecía saber que se iba quedando sola... La estuve mirando largamente. Jugaba con un barquito de papel, el viento lo impelía suavemente sobre el agua turbia de la acequia y ella agitaba los brazos. Talía, mi adorada Talía... Recién va a cumplir cinco años...

Perdonen. Como digo, salí al patio, ví muchas cosas y sin desearlo fui siendo invadido por una manada de recuerdos. Encendí un cigarrillo, apreté los puños: no quería recordar: era una amargura inútil. No sacaba nada bueno con verme haciendo los viejos gestos de mosca en la telaraña. Pero una poderosa fuerza me lanzaba al pasado, al origen, al nacimiento de todo. La oscura voz sin eco de las pisoteadas raíces, llamando, reclamando... Otra vez la voz de mi padre: "Tu cuerpo está lleno de historias sucias". Condenada sin juicio, mi madre callaba... y yo era enviado en busca de la esperanza, de cualquier cosa que encerrara una promesa de seguridad. Fue terrible descubrir que nuestra felicidad era de cristal, apenas a los ocho años. Deslumbrados por sus juguetes de cuerda los otros no parecían darse cuenta de nada.

Otra vez los Jefes decretando la muerte de los que no estaban conformes. Y el hambre y el odio y el miedo acechando en todas partes. La ruina en nuestra casa y después el resurgimiento. La rueda de la vida torcida por el dinero. Ya nadie decía que mi padre aportó capitales para asesinar comunistas, sino que para "construir una sociedad justa y estable".

...La mujer era flaca, amarillenta. Explicó entrecor-

tadamente que su marido no era flojo, que sufría de hongos y que por eso se había sentado. Mi padre: "La fábrica no es una plaza de recreo, señora; ya se lo dije a él". "¡Tenimos cinco hijos, señor!". "Lo siento". La mujer lloró. ~~En la~~ ~~verdad~~ ~~y~~ ~~todo~~ ~~estaba~~ ~~de~~ ~~una~~ ~~plaza~~. A la mujer le salía el miedo al hambre por los ojos...

...Este es el único imbécil de la familia: es un intelectual. No bebe, no baila ni conversa. Lo tiene todo, pero asegura que nada de lo que hacemos es constructivo. Vive de nuestras "bajezas", pero nos desprecia. Job es el tipo más desagradecido y dañino que usted haya conocido...

...Es mejor que seamos sólo amigos, Job, no sigamos engañándonos. Nunca me has dicho nada que se acerque al amor. Cuando me besas o abrazas parece que lo hicieras por obligación. No vibras, no te conmueve nada. Fumas, fumas y fumas. ¿En qué piensas tanto? Tienes educación, dinero, amigos, ¿qué más puedes desear? Tú debiste ir a un seminario, no Andrés... Pero, contéstame, ¿por qué te quedas mirándome como si yo fuese un ser de otro planeta?...

Otra vez mi padre, sabiendo que yo leía en la pieza contigua:

—A mí, precisamente a mí, que lo he dado todo por los de mi sangre, tenía que sucederme esto. ¿No bastaba con un idiota en la familia? Pero no voy a soportarlo, Cecilia, no. Durante Aquello hice algunas cosas que no estaban bien, lo acepto; pero lo mismo se vieron obligados a hacer infinidad de personas y viven felices. Paz y olvido, ¿no? Yo he sido siempre sólo un obrero más en mi industria: llego primero que todos y soy el último en retirarme. ¿Por qué? ¿Porque soy un avaro? ¿Un ambicioso? No, sencillamente porque nunca he tenido a nadie en quien confiar. Toda fábrica está rodeada por un cardumen de pirañas... Este constante estado de alerta me ha carcomido por dentro, me siento viejo, cansado; deseo retirarme... ¿Y con qué me encuentro? ¿Con qué me encuentro?, maldita sea. No, no es justo Cecilia. "Contrata a algún general alemán retirado —me dijo Job— ellos son

especialistas en dirigir campos de concentración". Mi propio hijo, él, después de todo lo que he pasado. Y el otro quiere ser cura. Viene y me dice: "Deseo tomar los hábitos", así, sencillamente, como quien dice "buenos días"... ¿por casualidad no has escuchado decir a Ema o Elena, que desean ser monjas? Es lo único que me falta. ¡Pero se van a quedar sin nada, sin nada! ¿Entiendes? Los voy a dejar solos, como perros rabiosos... Entonces van a mirar hacia atrás y van a comprender que los únicos momentos de felicidad que conocieron se los dí yo. ¡Van a saber lo que es el sufrimiento, Cecilia, van a aprenderlo muy bien! Sólo voy a preocuparme de las muchachas, ellos, de ahora en adelante, pueden comer hierbas, los animales no necesitan más. ¡Y déjate de gemir!...

...—¿Por qué lo hiciste, Andrés?

—¿Quién puede saberlo? No podía estar en ningún otro sitio: eso es lo único que puedo decirte.

—El viejo te necesitaba.

—A ti también, Job.

—¿Te sientes feliz?

—No sé a lo que te refieres, Job. Sólo sé de esta luminosidad que me ha brotado por dentro y de este contento... Ven a verme siempre, Job; aunque no creas en mí, ven a verme.

—No durarás mucho de cura, Andrés. Rosada, celeste o negra, toda prisión mata al hombre...

La cascada de recuerdos continuaba cayendo, lenta, implacablemente. ¿Y por qué? ¿Para qué, si aun cuando allí estuviese la verdad, ya nada podía remediarse? Si nunca somos los mismos, ¿por qué se nos arroja continuamente al pasado?

Quise gritarles a los espectros que me dejaran en paz.

Pero ahí estaba caminando de nuevo. Hasta llegar a Valeria, con un extraño sentimiento de desolación a cuestas. Valeria... Entré a ella por la tristeza de mis ojos. Nunca me admiró; no fui un ser superior, sino un hombre que necesitaba consuelo y ternura. No disfrutó de la insos-

layable exigencia de sentirse protegida, ¡con lo que lo necesitaba!

Explorando en mi interior encontré una carga de amor, que le entregué alegremente. También como Andrés me sumergí en un mundo nuevo. Pero más duro y potente. Un mundo tan complejo, que se mentía para intensificar y las más hermosas y profundas promesas se escribían con pedazos de silencio. Me volqué entero, pristino, renacido; con ella todo adquiriría un valor preciso y maravilloso. La hice un Dios personal y por lo tanto respondió con crueldad.

Mi madre había predicho que sería desgraciado. "Eres demasiado sensible, tu apasionamiento no es sino un grito de socorro —dijo—; te falta valor y un poco de maldad para ser feliz". Lamentablemente había mucho de verdad en sus palabras. Debí haber zanjado el asunto la primera vez que intentó convertirme en un ser sin voluntad propia. Pero estaba descubriendo el mundo y me faltó energía para quedarme solo. Mi vida sin ella carecía de objeto: verdaderamente era muy débil para vivir sin amor. La aceptaba casi todo. Si la felicidad puede ser un poco agria y oscura, yo era completamente dichoso teniéndola a mi lado. El tiempo que vivíamos era caótico, todos los días se publicaban noticias alarmantes en los periódicos: revoluciones, guerras, amenazas de guerras y crímenes atroces. El miedo colgaba del cielo, sofocando, irritando. Las calles se veían llenas de mendigos y cesantes. El súbito florecimiento del partido comunista parecía aumentar aún más la confusión. Poseer pues, una casa, tener un buen empleo, poder sonreírle a un par de niños y sentarse a escribir de vez en cuando, era casi más de lo que uno podía exigir. Estaba dispuesto a seguir así; pero he ahí que de pronto hasta aquello querían arrebatarme. No podía consentirlo. Era mucho infortunio para ser aceptado, aun por un tipo semianquilosado como yo.

Ciertamente que Valeria tendría sus razones para proceder de ese modo. Todos anhelamos poder llegar a vivir conformes con nuestro corazón. Aseguraba no quererme

ya y su existencia a mi lado era un agobiante anochecer. Es como cuando alguien nace con el don de las matemáticas o la música y debido a diversas circunstancias se ve obligado a ocupar su tiempo en otros menesteres. La gente le ve hacer gestos, caminar de un lado para otro y hasta reír e imagina que ese individuo vive plenamente, pero se equivoca: está muerto, muerto del modo más penoso. Por lo que a su cuerpo se refiere todo marcha bien, mas por dentro es un paisaje desolado en el que ningún hecho exterior tiene resonancia. Empero, como la obligación de vivir no permite aceptar nunca esto cabalmente, uno se transforma en extranjero dentro de su propio cuerpo. No puede conformarlo ni la vida ni la muerte. Sí, me daba cuenta de lo que Valeria sufría. No le quedaba ni el consuelo de crearse una visión del mundo que la conformara, como había hecho yo. ¿Sabiendo que su permanencia a mi lado la convertía en una simple espectadora y, estando cierto de que si la perdía el espectador sería yo, qué podía hacer?

Creyendo conocerla, me repetía una y otra vez: "Puesto que ella me quiere, si cabe, con la misma intensidad que yo a ella, el problema no existe; sobrellevemos esto lo mejor que podamos".

¡Si la causa de nuestro enojo era un absurdo!

Ved:

Terminábamos de almorzar y le pedí que le diese una manzana a Talía. Ella se negó. Le pregunté el porqué.

—Le hace mal —dijo—. Ayer cuando la llevaste donde tu madre quizás qué le dieron; están acostumbrados a darle cuanto embeleco se le ocurre y después soy yo la que paga las consecuencias.

—Nunca quieres darle nada —me quejé.

—Yo sé lo que le doy —contestó con aspereza.

—Ella desea una manzana, Valeria: Tampoco le quiere dar bebida.

—¡Yo le doy lo que quiera!

—¡No es un pez, para alimentarse de agua y...!

—¡Llévatela donde tus hermanas entonces; yo no estoy para pasarme dándole remedios a cada rato! ¡Llévatela!

La niña nos miraba asustada. Iba a llorar. Le pasé una manzana. Después de un momento de duda me la recibió, pero no se atrevió a mascarla.

Me fui al living.

La oí murmurar:

—Crean que consintiéndole todo y llevándose a besos con ella van a demostrar que la quieren. ¡Desgraciadas! ¡La niña es mía, yo tengo que cuidarla!

Le pregunté por el diario.

—¡No sé! respondió con acritud.

—¿No lo compraste?

—¡Qué sé yo de diarios!

Se había enfadado.

De allí en adelante nuestra casa se llenó de una pesada quietud de enemigos en acecho.

Sumido en semejante atmósfera yo no podía crear. Uno puede escribir sobre la paz o la desesperación, pero rara vez en el momento de experimentarlas, en ese instante se precisa demasiado talento para escapar del melodrama y yo no lo poseía. De modo que cada vez que nos disgustábamos caía a un vacío violento y amargo, a un exasperante ver pasar las horas, que me roía por dentro como un lento suicidio.

Y llevábamos ocho días de calma envenenada; ocho días amorfos, inútiles.

Naturalmente que no tenía ninguna necesidad material de escribir y les puede resultar exagerado que llame días perdidos al conjunto de horas en que no lo hacía. Pero no lo es, puesto que aparte de jugar con la niña y el pequeño e ir al cine con Valeria de vez en cuando, yo no tenía otra cosa que hacer en la tierra, después de llegar del trabajo.

Regresé a la pieza aplastado por un abrumador sentimiento de injusticia.

—Creo que no te podrás ir, Valeria —le dije, con resolución.

Dio vuelta la cara hacia mí. No había temor en sus ojos, sólo hastío.

—¿Qué ganarás con tenerme a tu lado? Volver a lo mismo por cualquier cosa. No, ya estoy cansada.

Le contesté que la necesitaba.

Fue brutal.

—Usted puede acostarse con cualquiera de las perras que trabajan en su oficina.

—¡Yo no necesito eso!

—¿Qué más puedes necesitar? Ustedes quieren a la mujer nada más que hasta cuando se les entrega; cuando ya no tenemos nada que negarles, comenzamos a perderlos.

Trataba de ser cáustica, pero me resultaba ingenua.

Volví a decirle que lo que precisaba era su corazón, le repetí que la amaba, que el amor no moría nunca, pues cuando la pasión decrecía, nos encontrábamos envueltos en una masa tibia, jugosa y dulce, que nos resguardaba contra las dificultades e incomprendiones exteriores. El amor no termina por transformarse en un hábito —le dije— sino en una rica armonía interior.

Sonrió con despechada ironía, como si lo que le estaba diciendo fuese un chiste de mal gusto o algo así.

Sentado sobre la cama, me puse a observarla. Resultaba inexplicable: paseos, música, promesas, alegría; dejar correr las manos sobre una carne oferente, sintiéndose cálidamente feliz. Y después vivir tratando de olvidar todo eso. Uno se acostaba con una mujer, que también parecía rebozante de amor y luego una estúpida necesidad de confirmación lo impulsaba a preguntarse: “¿Me quiere?” y su vida comenzaba a girar alrededor de la respuesta. Chata existencia es la nuestra.

El desánimo se extendió como una negra mancha por mi interior.

—¿Realmente no te duele dejarnos? —insistí.

Me miró apenas, sin dejar de hacer lo que estaba haciendo.

—Tienes un buen empleo, no te faltará nada... Los niños van a estar bien con tu familia: ellas los pueden cuidar mejor que yo.

—¿Y de dónde voy a sacar leche para Mauricio? ¿Voy a exprimir una silla?

Ellas le pueden dar "Eledón", si no se les ocurre nada mejor... ¿No son tan buenas hermanas? Que se sacrifiquen, a ver si es verdad que los quieren tanto.

—¿Y cuando la niña te llame?

—Usted sabrá, pues. ¿No quiere llevárselos?

—Son de los dos: a los dos nos necesitan.

—Si usted pensara en eso, no sería tan malo.

—¡Pero qué te he hecho, qué!

—El niño está durmiendo...

—¡Y qué te importa a ti el niño? ¿No me lo estás regalando?

—Sí, pues —respondió mordicante—, si a él no más le importa todo, él es el bueno, el santo; si quiere tanto a su mujer y a sus hijos... ¡Por eso esas desgraciadas te creen un mártir, infelices!

Sin desearlo, estoy seguro, comenzamos a insultarnos.

Se había puesto una falda ajustada y una blusa blanca, sin mangas: el pelo le caía sobre los hombros y el llanto, ese llanto sin eco de los soberbios, le hacía brillar los ojos. Ya lo he dicho: era hermosa. Y apasionada. Yo la quería. Sin embargo estaba abriendo los labios para decirle "Eres sucia y retorcida". Ansiaba besarla, pero la insultaba. Y no éramos sólo nosotros los que procedíamos así, no, toda la gente actuaba igual. "Andate, no me importa", decían; y estaban llorando. Siempre escondíamos nuestra desnudez bajo un torrente de palabras. En esos instantes yo me sentía el ser más desdichado de la creación, pero no podía seguir doblándome: no me era posible mostrar mi terror. Seguí apostrofándola.

El ojo había sido cerrado a la evidencia. Las emociones enterradas en un pozo de temor. Nuestros rostros se habían tornado duros, blancos y tensos como puños. Si hablábamos lo hacíamos a gritos, si callábamos, una ácida

sensación de remordimiento quedaba flotando en derredor. Protagonistas de una situación absurda, nos retorcíamos afiebradamente en nuestras limitaciones. Todo en nosotros era blando, denso, desesperanzado. Pero no queríamos darnos cuenta de nada. Sólo teníamos en común una inexplicable, una terrible necesidad de hablar; de hablar y de hablar, a sabiendas que las palabras eran inútiles, que no reflejaban nada.

Ella decía que yo..

Decía que mi madre...

Decía que mis hermanas...

Que mi manía de escribir...

Que los niños...

Que ella...

Que la vida...

Y yo le respondía que...

Y que...

Y que...

En fin, exponíamos, manifestábamos, argüíamos. Pero no lográbamos sino hundirnos más y más en la soledad y la estulticia. Y el corazón se nos iba contrayendo de violencia y terror.

—¡Tengo que irme, tengo que irme!

—¿Pero, por qué? ¡Por qué!

—Me estoy poniendo vieja... Deseo vivir... Tú no eras lo que preciso, Job: me dejas sola. Llegas del trabajo y te pones a escribir, sin importarte si los niños lloran o no; sin preocuparte de mí para nada... Es como si me estuviese asfixiando...

—¡Mentira, bien sabes que escribo casi a hurtadillas, para no molestarte, como un ladrón en la noche...!

—¿Hemos salido a otra parte, que no sea al cine o a tu casa, desde que nos casamos?

—¿Por qué dices "a tu casa"? ¡Esta es mi casa!

—Una mujer requiere a un hombre en su casa, no a un forastero. Un hombre que mate su pasado y que se ocupe de ciertas cosas, que parecen muy pequeñas, pero que para nosotras lo representan casi todo: ¿Qué cuesta

llegar de vez en cuando con un regalo? ¿Decirnos que estamos bien? Un beso o un abrazo, dado así, de improviso, a cualquier hora del día, tiene cien veces más significado que el que se da de noche. Un hombre y una mujer no deben darlo todo por sobreentendido. No es que haya que volverse chochos, no, es una entrega total, pero dada sutilmente... Trata de comprenderme, Job. Tu madre y su amor de leona herida... hablas tanto de tus hermanas... Y la escritura... Puede resultarte cruel, pero es cierto: si una mujer no siente que es lo primero en el corazón de su marido, nunca podrá ser feliz con él. Cuando te sientas a escribir y tengo que permanecer en silencio, siento una opresión enorme, esas hojas llenas de letras me arañan, me crisan, me ahogan: se están robando nuestro tiempo... Y tenemos tan pocas horas de vida... No, no puedo seguir contigo: tengo miedo, un miedo grande, que me estruja como una náusea. No nací para estar sentada mirando pasar el tiempo. ¡El no vuelve, no vuelve más, Job! La vida es una sola... ¿Qué más puedo decirte? ¿Y para qué, si eres demasiado cruel, insensible y cobarde para cambiar? Debes buscarte una mujer que entienda de literatura y que quiera compartirtte con tu madre y con tus hermanas.

—Tú eres mi mujer, contigo tengo que sentirme contento. ¿No puedes comprenderlo?

—No. Yo sólo veo los hechos y las consecuencias presentes, no poseo la inteligencia necesaria para ver más allá de mis narices. ¿No es eso lo que has pensado siempre?

—Ayudémonos. No podemos cerrarnos en esta forma, seamos francos y sencillos, Valeria. Yo...

—¡No quiero volver a lo mismo: no quiero, no quiero!

Por la dureza de su rostro y la hostilidad de su mirada, comprendí que podía hablarle horas y horas, pero que no obtendríamos nada positivo. Ya me había condenado y todo razonamiento era nulo. De nuevo experimenté esa impresión de ahogo que da la impotencia.

—Lo siento, Valeria —dije blandamente— eres demasiado difícil para mí: haz lo que desees.

Nunca le había dicho algo parecido. Me miró sobresaltada. Y ese fugaz estremecimiento hizo nacer un aleteo de esperanza en mis fatigados sentidos. Esbocé una sonrisa.

Pero entonces dijo, apasionadamente:

—¡No pienso dejarte los niños, qué más querrían esas perras desgraciadas!

Eso fue lo que dijo y todo volvió a ser extraño y tormentoso.

Ustedes podrían pensar que eran únicamente celos y que me amaba, con una pasión enfermiza, si se quiere. Yo también a veces imaginaba lo mismo, mas, ella lo único que demostraba a cada paso era disgusto y resentimiento.

Conociéndola, me puse el vestón y salí.

Llamaría a la niña y le diría: “Venga a ponerse el vestido bonito, para que vamos a ver a la abuelita”. Lo del vestido lo diría sonriendo. A Talía le encantaba aquel trajecito amarillo. Tal vez le preguntara por mí, pero sin mucho entusiasmo, pues la perspectiva de un paseo la colmaba de ilusiones.

Yo era el caos.

Pero hacía tiempo que lo era.

Pensé en el marco.

En un principio Todo existía nebuloso, inconexo, apartado de sí. Y de pronto se juntó y fue un hacinamiento de cosas. Y algo latió, deforme, caótico, ardiente... Sí, la vida fue, en medio de la confusión, e iba hacia la plenitud. ¿Hacia dónde más podía ir? Era lógico, sencillo, innegable. Intrincados, cautelosos, defendiéndonos ansiosamente de los demás, no teníamos razón de ser.

Deambulé largamente por las calles llenas de luces y gente, cogido en una fantástica maraña de pensamientos. No éramos víctimas, sino creadores. De allí debía partir la búsqueda de la verdad. La no razón de esos celos injustificados y frenéticos de Valeria... Reconocer mis frialdades y reticencias... ¡Había tantas cosas deplorables entre nosotros! ¿Tantas? No, quizás sólo una: falta de franque-

za. Y un poco de comprensión. Todos lo decían, “comprensión, comprensión”. Sonaba lindo, pero el fondo me parecía siniestro. Era un insoportable “Nada tiene importancia”. Como si la imperfección fuese un asunto privado, como si cada vida no perteneciese a un Todo, que debe crecer y progresar. En una palabra, como si la existencia humana fuese algo completamente sin objeto... Es curioso, uno examina un hecho, lo analiza concienzudamente y cree descubrir las causas por las que se produjo, y, por ende, cree saber a qué atenerse. Pero casi siempre termina por hacer otra cosa. Este divorcio entre el pensamiento y la acción, me ha sorprendido constantemente. Es como si en nosotros hubiese escondido un segundo Yo, más poderoso e incomprensible, o tal vez deba decir, incomprendido...

Sí, claro, desde luego. No hay que divagar. Como decía, el rumor de la calle se estrellaba suavemente contra mi cerebro; sentí correr por mi rostro el aire melancólico de la tranquila noche de verano. Pensaba en Valeria y en mí. Y he ahí que de pronto aparecieron en mi imaginación infinidad de recuerdos, que llegaban de los puntos más remotos de mi vida. Risueñas escenas de la lejana infancia, el hogar paterno, el liceo, la calle de casas azulosas por las que volvíamos jugando: yo era rubio y delgado. Una vez se me perdieron los libros, a casi todos nos ha pasado, la aflicción; el disparatado aluvión de disculpas que no conforman... Irene, la muchacha que besé ante un corro de amigos, porque se burlaban de mi timidez... Ella me quedó mirando y no dijo nada; llevaba una bolsa con panes que cayeron al suelo, tibios y dorados como pedazos de sol. Es terrible la crueldad de los niños... Bruscamente, Irene, clavada en el mismo lugar, fue creciendo, transformándose. Y de pronto me encontré frente a Valeria. Mirándome, mirándome. Silenciosa, acre, desolada. “¿No hablamos de eso ya?: Son tuyos”.

No, ella no fue siempre triste. Cuando la conocí era infinitamente alegre, llana, segura de sí, aunque había

sufrido algunas decepciones sentimentales... Me hizo un mohín que me llenó de gozo. "¿Y usted, por qué no sería, ah?" Arriscaba la nariz y los labios picarescamente. "¿Por qué está tan triste, ah?" ¡La hubiera besado ahí mismo, en la oficina! Trabajaba para una empresa de propaganda. Reía de todo y con todos. Proponía una vida completamente nueva... Y ahora, ahora...

Súbitamente me sentí reblandecido, rebosante de ternura. Pensé que iba a decirle muchas cosas y que todo cambiaría. Un cálido sentimiento de seguridad en el porvenir me envolvió.

Regresé a casa bastante tarde. Había fumado mucho y bebido algún licor, pero no me sentía preocupado. Como si no hubiese ocurrido nada anormal, me puse a revisar algunos escritos. Luego preparé algo de comer y me dije que tendría que sacar la basura y cerrar la puerta del patio. Esto me trajo violentamente a la realidad. Traté de sonreír, pero en torno a mí flotaba una suerte de tenue suspenso. Se me antojó que Valeria y la niña estaban escondidas en algún lugar de la casa y que de pronto iban a salir riendo. Pero terminé de comer y no sucedió nada.

Entonces no llegaba a sospecharlo siquiera, pero de allí en adelante sólo tendría el acibarado consuelo de imaginar que regresarían de un momento a otro.

El siguiente fue un día bastante extraño. Desperté a la hora de costumbre y como de costumbre me quedé en cama, esperando sentir el despertador que, también como de costumbre, no sonó. Incluso tuve el presentimiento de que escucharía a Valeria advirtiéndome que llegaría tarde a la oficina.

Creedlo, no sentí dolor al comprobar que estaba solo. Desde aquel instante viví sumido en una especie de dulce deslumbramiento. No aceptaba aún el hecho como cosa consumada, ni siquiera le atribuía proyecciones funestas.

Gusté, pues, plenamente mis vacaciones. No digo libertad. Durante la noche cometí el error de mirarlo bajo ese prisma y fui zarandeado por la angustia. De modo que para disfrutar de este nuevo estado, me fue preciso beber grandes cantidades de este vino: "Volverá mañana o pasado, actuó bajo un impulso ciego, no hubo deliberación: volverá".

Dediqué parte de la mañana a corregir un cuento de mi jefe; con esto, que habitualmente hacía en la oficina, me aseguraba dos o tres días de permiso. Eran ocho carillas que dejé convertidas en once. Fue el espacio mínimo que necesité para inocular sangre y furor a sus anodinos personajes. Para mi pobre jefe, que ya había publicado dos libros. Vietnam, Dios, Miseria, Negros, Juventud, Napalm y Soledad, eran palabras desconocidas. ¡Y asistió a cuanto foro sobre la crisis de la novela hubo! ¡Y opinaba! "Ser editado por Seix-Barral o Losada; y después morir". He ahí su meta intelectual. ¡Y la de tantos de mis colegas! Mi jefe no lo supo, pero aquella mañana entró por la puerta ancha a mi "Éxtasis de los esperpentos". "El éxtasis de los esperpentos", era un descarnado estudio de nuestra literatura que por entonces yo escribía. Estábamos rodeados por demasiadas bestias inmóviles.

Después que lo condené a mi escalpelo literario, salí a comprar algunas obras que me interesaban; de paso visité a Andrés. No le conté nada. Lo invité al cine y él me convidó a misa: ninguno de los dos aceptamos. Luego le mostré un poco de mis último escritos. Leyó atentamente algunos trozos.

—Presiento que no va a gustarme esta obra —comentó—: estoy viendo la misma insólita mezcla de angustia y soberbia de las anteriores, los mismos monólogos morbosos acerca de Dios y el hombre. Y ese interminable desear sin conseguir. El caos, después la hoguera. Sospecho que voy a terminar tan deshecho como tus personajes.

—Mis personajes no terminan deshechos, Andrés, sino

purificados: listos para la decisión final. Además —agregué, un poco molesto— todo eso que te choca, que consideras antojadizo, es deliberado: nada en una novela está porque sí. Busca el significado de esas aparentes incongruencias.

Golpeó suavemente el texto.

—¿Qué significado puede tener la escena en que el protagonista, según he podido ver, se destroza las manos contra el muro, cuando a dos pasos de él existe una puerta de salida? Es irracional.

—Lo mismo opinó nuestro padre, cuando preferiste tomar los hábitos a quedarte a su lado dirigiendo cómodamente la empresa... Y cuando yo eché a andar hacia ningún lado, teniéndolo todo junto a él. ¿Fue irracional lo que hicimos, Andrés?

Se fastidió.

—No comprendo el placer que te produce ese tema.

—No me produce placer alguno. Le dije a modo de ejemplo. También en la novela, el muro y la puerta de salida existen sólo en la imaginación de los que rodean al hombre. Es lo que ellos quieren ver; lo que les acomoda. En rarefacier la atmósfera no...

—Déjamela —tronó, brusco—, la leeré con calma y luego la comentamos. Lamento haber opinado sin conocer la obra.

—¿No te habrás enfurruñado, verdad?

—No seas infantil— negó, escogiéndose de hombros, para demostrar que esta conversación era una futesa.

Y luego, sin transición, mientras guardaba el manuscrito en el escritorio.

—Valeria estuvo aquí...

—¿Valeria? ¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Se confesó contigo?

—No, no, ¿cómo podría habértelo dicho?

—¿Y qué piensa?

—Dice odiarte.

—¿Le crees?

—¿Cómo puedo saberlo? No lo sabe ni ella. Está...

—Sólo un loco podría hacer un drama de una simple discusión hogareña— le interrumpí, con firmeza.

—Como digo —continuó, impertérrito— está en medio de una tormenta y parece no temerle...

Las últimas palabras fueron dichas en un tono bajo, medroso.

Me exalté.

—¡No sé lo que sucede! ¿Qué demonios es lo que desea? ¿Qué es lo que te contó?

Hizo un gesto de impaciencia.

—Es necesario que entre nosotros no haya temas inabordables.

Me largué a reír. No podía hacer otra cosa.

Me miró intrigado.

—¿De qué te ríes?

Seguí riendo, sin contestarle.

Se asustó.

Entonces sentí un malsano deseo de confundirlo. Le dije:

—Te escucho y te entiendo, hermano. Lo que deseas darme a entender, es que Dios nos creó y nos soltó. Pero hasta por ahí nomás. puesto que si no le obedecemos, nos borra, por decirlo así, del plan universal. Presupones que ese hipotético plan es bueno y que no tenemos ninguna razón para negarnos a cooperar. Pues bien, yo tengo una: elijo lo que llamas infierno porque niego toda grandiosidad al perdón. Afirmo que perdonar es someterse a la injusticia: es un vacuo, un egoísta "seguir adelante, como sea". Olvido, perdón, comprensión: he ahí el vino de la cobardía, que bebimos a grandes y apresurados sorbos, para huir de la realidad. Esta acomodaticia manera de vivir es la culpable de toda nuestra desgracia. La felicidad de un individuo no contribuye en nada a la del conjunto, cuando no es conseguida por medio de una total armonía con éste. Nuestro prodigioso destino es Ser y Crear. Y el único modo de cumplirlo es

no aceptar el mal. Porque nuestro designio es bueno, sólo se realizará con no-pecadores. No más Hiroshima, no más Vietnam, no más Biafra, no más separaciones de matrimonios, no más negros y blancos, no más ricos y pobres: no más nada que sea indigno: el hombre es uno solo, porque uno solo es su destino: crear. No hay cielo, no hay infierno. Amén. Este es, grosso modo, el Evangelio según San Job— terminé, arrellanándome en el diván.

Andrés permaneció algunos segundos vacilante, me pareció que le costaba respirar.

Los labios apretados, blancos, duros, dijo:

—Odio cuando tratas de ser sarcástico.

Yo no sabía si quise ser sarcástico o no. Pero todo volvió a parecerme real y me sentí bien.

—¿Valeria volverá pronto, verdad?

Algo debió sorprenderle en el tono de mi voz, pues me miró tristemente.

—Debes prepararte para una larga espera.

—No seas niño: vino sólo a lamentarse: volverá; tal vez ya se encuentre en casa.

—No hubo lamentos, en ella no había nada que no fuese cólera y perplejidad.

—¿Ni un asomo de arrepentimiento?

—No.

—¿Entonces... no retornará?

—Es lo que asegura.

Comenzó a cogerme el miedo. Era como un airecillo helado, que me subía por los pies.

—Pero, ¿leíste en su corazón? ¡Eres sacerdote, después de todo! ¿Y los niños? ¿Qué va a ser de ellos?

—Lo sabes tan bien como yo: legalmente le pertenecen.

—Es una aberración, se enojó por una nimiedad.

—Por cientos de ellas.

—¿Por qué lo dices con tanta seguridad?

—Te conozco, le creo— dijo sin titubear.

Si no hubiese sido sacerdote, lo hubiera zamarreado sin compasión.

—¿Qué es lo que le crees? ¡Qué! ¡Yo no entiendo nada! ¡Habla, habla! —aullé— ¿Por qué juzgas? ¿Qué le hice? ¡Dilo, dilo!

—¿Quieres confesarte? propuso abruptamente.

Lo inusitado de su pedido me aturdió como un golpe de címbalo. Traté de comprender; interrogué desesperadamente esos ojos azulosos, cuya mansedumbre me había irritado siempre. Los ví colmados de ansiedad, de esa temblorosa ansiedad de los que tienen miedo.

Jadeé, herido, alelado.

Percibí claramente como la amargura, la tristeza y el pánico deformaban mi rostro.

El recuerdo que conservo de aquel encuentro, es el del comienzo de una pesadilla.

Creo que antes de despedirnos puso sus manos sobre mis hombros y dijo:

—Dios no desampara.

Supongo que le habré respondido con una semisonrisa boba.

También Andrés estaba, pues, con Valeria.

Como la vieja del puesto de pan, como los vecinos, como todos. La vieja en cuestión, me recibió en las astas. Tiró el pan sobre el mostrador y casi quiebra la botella de leche al pasármela. Sentí deseos de romperle la cara a puñetazos. La usurera contenía el reproche de cuantos nos conocieron en los ojos. Desde su desdentado hocico la torpe gente me gritaba injurias. “¡Verdugo, verdugo!”, parecía ser la consigna. Y yo no lo era. Por eso me dolía.

Cierto, una mujer que camina llorando, con una guagua en los brazos y una pequeña cogida de la falda, en una preciosa noche de verano, es un cuadro conmovedor. Era por esto que los que me rodeaban parecían estatua de hielo. Yo no podía ir casa por casa explicando:

‘Fue por una manzana’; y si lo hubiese hecho, ¿quién me hubiera creído?

Ese día almorcé con mi madre. Elena se encontraba furiosa. Escribir una carta a la familia de uno contando atrocidades parece demasiado, pero Valeria era así.

—Dirá que sólo entiendo de negocios, pero a una mujer así yo la mataba— dijo Elena.

—¡Niña! —le reconvino mi madre.

—¿No la ayudamos en todo lo que pudimos? —siguió ésta— ¿Cómo es posible que una mujer sienta celos de la propia familia de su marido? Job viene a vernos dos veces por semana, ¿es robarle su cariño eso? ¿Si la niña se acostumbra con nosotros, es como para odiarnos?

—El corazón de una mujer enamorada es un pozo insondable, Elena —dijo mi madre—. Tu padre, recuérdalo, no aceptó nunca la verdad: murió creyendo que me casé con él por despecho. Y yo no intenté hacerlo cambiar de opinión, pues sus dudas me ofendían. Su gente sentenciaba: “Esta mujer lo deja solo con su incertidumbre, porque no lo quiere”. ¡Y qué equivocados estaban!... La mujer es una fiera para la mujer, hijo; yo no quisiera entrometerme, pero debo advertirte algo. Ella sabe que su posición es débil, casi insostenible, de manera que va a enlodarte. Dondequiera que llegues y ella haya estado antes, serás mal recibido. Mas, puedo asegurarte que lo que la impulsa a actuar de ese modo es, aunque te parezca risible, sólo el temor a perderte. Si de allí se puede llegar al aborrecimiento, quebrada por el agotador estado de tensión, no lo sé; pero el nacimiento del fracaso es ese... Creo que podrás ser feliz con ella sólo borrándonos de tu corazón y dejando de escribir y sometiéndonos de vez en cuando a sus pequeños caprichos. Ella, de alguna manera va a encontrar la forma de retribuir todo eso: una mujer siempre encuentra la fórmula precisa para agradar al hombre que ama. En el fondo, hijo, la vida posee una simplicidad descorazonadora: todo tiene solución, excepto la muerte, claro está. La carta de Va-

leria refleja, con cierta crueldad, si se quiere, lo pequeños que son, en esencia, nuestros obstáculos.

—Puede ser— dije.

Y, como al desgaire:

—¿Dónde está la carta?

—La rompí: ya debe de estar arrepentida de haberla escrito.

—Ema va a ir a decirle unas cuantas verdades acerca de ese papelucho— terció, Elena.

—No, no —me opuse, con más ardor del que hubiese querido— Ema es demasiado impulsiva: la hará sufrir.

Mi madre, con soterrada congoja:

—¿La quieres mucho, Job?

—¿Y los niños, cree que me los va a entregar?

—Apártate de nosotras, hijo. Andrés lo hizo en nombre de Dios, tú hazlo en nombre de tus hijos. El destino de las madres es quedarse solas... Yo ya estoy vieja, digamos que he cumplido mi ciclo, he llegado al punto en que fatalmente terminamos por convertirnos en un lastre. Rezo tanto por ustedes, me estoy enfermando de los nervios. Usted no sabe cuánto puede sufrir una madre... Lo veo siempre preocupado, ¡se ha consumido tanto en estos años! —su voz se quebró en sollozos—. Despreciado, rechazado por cuantos la escuchan... Hablándole horas y horas sin ser oído... Tú, el mejor de mis hijos... humillado... y persistiendo una y otra vez... ¡Es horrible, horrible...

Lo era.

Valeria estaba destruyéndolo todo a mi alrededor.

Quisieron ir a asearme la casa. Pero les mentí que iría algunos días a Valparaíso. Iba a celebrarse un encuentro de escritores y deseaba observar. Sí, claro, en la oficina ya sabían. Se conformaron.

Necesitaba estar solo. Pasaba la fase del asombro, comenzaba la de la inquietud.

En la tarde fui a verla, pero no me abrieron la puerta y no quise armar escándalo. Mientras golpeaba, pensé "¿De dónde saca fuerzas esta mujer, para resistir la so-

ledad y el miedo? ¿Cómo puede soportar, y más aún, elegir, la zozobra del derrumbe? ¿Acaso no existe para ella el derrumbe?... No me quiere, está claro. Nadie se aleja voluntariamente de lo que ama: el amor, para ser verdadero, tiene que ser más fuerte que todo, nada puede tener más importancia que él... Y ella se alejó por una minucia... Pero, hace sólo tres días...”.

Con esta nueva duda llegué a casa más desalentado que nunca. Anduve por las piezas de un lado para otro, fumando sin cesar. Todo estaba igual que antes, salvo ese mortificante hálito de ausencia, pegado a los muros. Incluso había un vestido a medio terminar sobre la máquina y un cascabel de Mauricio en el suelo. La taza que ocupara en la mañana permanecía allí aún, como esperando a alguien. La lavé y luego hice la cama. Encendí la radio, después lo pensé mejor y la apagué, disponiéndome a escribir. Tampoco pude hacerlo, pues frente a mi escritorio vi la silla en que ella solía sentarse a bordar y, apesar de la ciencia y el orgullo, todavía basta una silla vacía para crucificar a un hombre. Nuevamente en penumbras por dentro, la saqué al patio. Allí encontré a “Yocasta”, la muñeca preferida de Talía. La tomé en brazos y entré de nuevo. La sobrecogedora inmovilidad de las cosas me apretó la garganta. Los recuerdos brotaban de todas partes, persiguiéndome incansablemente por la casa vacía.

—Valeria —llamé quedamente— Talía... Muchacho...

Todo permaneció frío e inmutable.

Tuve que empaparme de ron para poder dormir.

Y caminar, caminar hasta sentir las piernas acalambradas.

Lo mismo sucedió al día siguiente.

Y al otro.

Y al otro.

Hasta que las horas fueron como gotas de martirio.

Hasta que todo se transformó bruscamente en ron y vacío.

Ron y vacío y desconsuelo y horror revolviéndose en el pecho como perros ciegos.

¿Por qué? Eso era lo grave: el no encontrar motivos para merecer el infortunio. El saberse víctima de una villanía y no poder rebelarse, porque hacerlo significaba morir en vida, que es la más atroz forma de negación que existe... ¿Era esto cierto?

¿Había algo seguro de qué asirse en esta vida?

Mi imbécil corazón se hinchó de dudas.

¡Tenía tantas explicaciones que darse y pedir! ¿Por qué se fue? ¿Por qué dijo esta o aquella frase demoledora? ¿La sentía? ¿Por qué Andrés se negaba a ver la realidad? ¿Por qué yo no me humillaba aún más; por qué no lloraba ante ella, si era posible, para que volviera? ¿Y por qué, por último, no podía olvidarla?

Había muchos otros "Por qué", más aniquiladores todavía, que me acosaban día y noche.

Lo confieso: no hacía nada por responderlos.

Me limitaba, como digo, a esperar.

Otro absurdo sobre el absurdo: ¿Esperar, qué?

Y caminar.

Es axiomático, cuando se te pega al alma esa mezcla agobiadora de pena y náusea, no haces sino eso: esperar y caminar.

Caminas sin saber hacia dónde y sin importarte, al parecer. Dentro de ti sólo hay una vaga sensación de rencor y pesar. Te sientes desnudo y enfermo en medio de toda esa gente, de rostros desconocidos y brillosos.

Por eso experimentas un gran alivio, cuando una mujer te toma del brazo y te dice, ardorosa y apremiante:

—¡Ven, ven!

Ni siquiera la miras, para saber como es.

En el cuarto sí que lo haces: si no es vieja ni fea, una dulzona melancolía te calma y alijera. Si lo es, te encoges de hombros.

Y de pronto, piensas, goteando ternura por los ojos, "¡Si ella me abrazara sin que yo se lo pidiera! ¡Si fuera-

mos viejos amantes!" Te acercas a ella, le tocas el rostro y le preguntas el nombre.

Ella te lo dice, moviendo apenas los labios.

Pero tu sabes que es un nombre falso.

Y la sientes lejana, lejana...

Te desnudas defraudado. Imaginas que sin ropas, eres ridículo.

La pieza, siempre la misma, es estrecha y sucia: hay una cómoda en un rincón y una mesa pequeña, además de una cama, hundida en el medio. El espejo de la cómoda está trizado y manchado de moscas, la luz es amarillenta y débil, las paredes descoloridas. También hay un irrigador saltado. Las desnudas plantas de tus pies quedan marcadas en las tablas del piso.

Te echas sobre ella, desatinado. La muerdes y aprietas tanto que la sientes gemir, pero no paras. Es como si quisieras abrirle una gran herida, hundirte en ella, fundirte: desaparecer.

La urges, le gritas, le suplicas.

Ella obedece, pero no te oprime; te rodea, simplemente. Te deja hacer, con una pasividad deshumanizada.

Entonces, vencida la recóndita esperanza de encontrar consuelo, caes. ¡Aún más! ¡Aún más! ¡Hasta cuándo?

Humillado y confundido, te sientas en la cama y fumas en silencio. Después enciendes la luz.

Y la turbulenta ciudad te sale al paso de nuevo. Reconstruyes, aunque no te des cuenta: Te has prendido de la boca de una mujer, la has desnudado y poseído. Pero esto no ha bastado. Falta algo. Algo que debe ser importantísimo, pues en lugar de experimentar placer y contentamiento, has sentido temor y desaliento. Tu carne en todo momento estuvo fría, ausente de ti mismo. Fue como si esos brazos, caderas, muslos y ojos, perteneciesen a otro. Era una asfixiante prisión de la que luchabas por salir, pero no podías. Estabas dentro de ella, terriblemente lúcido, gritando, sofocándote, laxo, derrotado.

Después del acto, es peor aún, compañeros. Te ves como un insignificante vagabundo, aplastado, perdido, oprí-

mido por la inconmensurable anchura de dos desiertos mudos y salvajes: el cielo y la tierra ¿Cómo erguirse en medio de ellos? ¡Qué solos estamos! ¿Cómo desafiarlos o ignorarlos, que parecen ser las únicas formas de vencerlos? Todo es tan chato en ti, tan pequeño y débil. “El amor, lo mismo que la muerte, es un grito ronco y después nada” piensas. ¿Qué es lo que hay de importante, pues? ¿El simple hecho de arrastrarse eternamente de grieta en grieta, forma un todo heroico, un acto valioso? ¿Es algo...? Te asustas. Recapacitas: ¡Vamos!: El cuarto sucio, el irrigador saltado, la cama desconocida y ,sobre todo, la acción de coger una mujer extraña, despojarla de las ropas, sin que haga un solo gesto de asentimiento o rechazo y entrar en ella sin preámbulos, ha chocado violentamente contra tu agudizada sensibilidad. La mentira de la eternidad le es imprescindible al hombre para existir, es lo que, podríamos decir, secretamente, le da el valor, el sentido a cada minuto de nuestras vidas. El saber que el acto que ejecutabas, era un hecho sin proyecciones, sin huellas, es lo que te hizo trágico el placer. Necesitabas imaginarte que ella te amaba.

Con este descubrimiento se produce el retorno despiadado hacia el origen del mal: la mujer que te dejó solo.

No, no es sólo la carne comprada: todo lo demás es el infierno.

Durante la fiebre del abandono, en un loco intento de negar a Valeria, me acerqué a otra mujer. ¡Qué sombrío, qué áspero remedo de amor le dí! Amor de calles oscuras, de sitios lejanos, donde nadie pudiera verme con ella. Bajando la cabeza, mintiendo, torpe, desconsoladamente. Luisa, joven, blanca, sencilla, conmovedoramente ilusionada, vivía sola. A su pieza, en el segundo piso de una antigua casona, se llegaba a través de un largo y oscuro pasillo. Luego que regresábamos del cine, solícita, humilde hasta la exasperación, preparaba comida, interrogándome cada cierto tiempo, sobre si esto o aquello, me agradaba más así o asá. Creaba a mi alrededor una atmósfera rica en ternura, que me hacía daño.

¡La pequeña pieza! Una cama tras una cortina, una máquina de coser, una mesa, tres sillas; la radio, la coci-nilla; y la ventana. Un ventanón enorme, desde el que se veía la torre de la iglesia y los plomizos techos de zinc, mudos, sucios, melancólicos. ¡Cuántas horas encerrado allí, luchando sordamente contra la sofocante conciencia del ob-táculo que mediaba entre nosotros!

En la pieza vecina vivía un matrimonio casi adoles-cente, constantemente preocupado y emocionado por un pe-queño tirano, que berreaba sin descanso, haciendo saltar en mi cerebro los añorados rostros de mis pequeños. Cuan-do el llanto era muy largo, Luisa disertaba sobre puericul-tura; y yo iba doblándome a medida que ella hablaba. Do-blándome entero de pena, por mí, por ella, por Valeria, por los niños: por todo el mundo.

En uno de esos crueles momentos, en que mi alma, acuciada por el llanto de ese niño, se iba en busca del ho-gar perdido, Luisa me habló.

Y yo dije:

—De lo único que el hombre no puede huir, es de sí mismo.

Ella se detuvo en lo que hacía y me quedó mirando...

Con esa increíble percepción de las mujeres, lo descu-brió todo en un segundo.

Me es imposible describir la expresión mordicante de esos ojos pardos llenos de lágrimas.

Inmóvil, hundido en el límite máximo de la abyección, asistí a su caída, sin decir una sola palabra.

Habían transcurrido dos meses, cuando mi viejo esque-leto, cargado de espanto y repulsión, me llevó de vuelta a casa.

Como único medio de no enloquecer, me puse a es-cribir.

Tal vez Andrés tenga razón y el escribir sea, más que nada, un modo soberbio de confesarse.

Con el correr de los días, analizando el asunto, con to-da la imparcialidad que me fue posible, supe que proba-blemente hubiese otra Luisa; y muchos libros y aconteci-

mientos de toda índole en mi tiempo, pero que sin Valeria cuanto sucediese sería injusto y falso. Y en esto no contaba para nada la pasión. No era, de ningún modo, el gusano de la carne lo que me encadenaba a ella, sino algo mucho más profundo y maravilloso: la fe en el porvenir.

No poseo la lucidez necesaria, para expresar con palabras el primitivo curso de mis pensamientos, pues, paradójicamente, me siento abandonado y deshecho: es el precio de siglos y siglos de sometimiento al mal.

Como decía, esa insobornable fe en el futuro, era naturalmente, fe en Dios. La intención divina se me presentó clara. Y era buena, sencilla, grandiosa. El Creador del hombre y su destino, ante el cual temblé de gratitud y reconocimiento, no era, ciertamente, el pálido Dios de Andrés, ni el vengativo Ser Supremo de los desposeídos, que trastrocaría los valores en el cielo. No, no era nadie ante el cual hubiese que humillarse, pues, habiéndonos sido otorgado el don de la libertad, estaba en nosotros el escoger, sin otro perjuicio que la autodestrucción, entre la desobediencia y la aceptación. Mi Dios era simplemente el que Hizo, Deseó y Esperaba.

Así fue como supe lo que debía de hacer.

## **Segunda Parte**

Naturalmente que antes de llegar a sentir aquella resolución, como la única posible, me sucedieron infinidad de cosas. Uno no desemboca a su verdad abruptamente, no, el camino es largo y brutal y hermoso. Lo importante es mirar hacia los que nos rodean. En una palabra lo principal es saber qué significa para uno "el gran Todo". Porque somos parte del que cae y del que se alza; somos el que da y el que recibe. Aunque no lo queramos, aun cuando ni siquiera lo imaginemos, con cada gesto, con cada palabra, con cada determinación, estamos tallando al hombre, entrando en él, sea héroe o asesino.

Como decía, en este viaje hacia mí mismo, me sucedieron muchas cosas, me empujaron muchas manos, muchos corazones.

Ahora me doy cuenta claramente de este hecho: no estaba volviéndome loco cuando salí de mí: me sacaron entre todos.

Porque antes de tomar aquella determinación, salí de mí y me observé:

Rostro demacrado, ojos hundidos, manos temblorosas, ropa ajada, barba crecida.

Una inmensa pena me invadió.

—Qué lástima— dije.

Me quedé mirando.

Luego asentí.

—Sí, qué lástima.

—¿Ya no hay ninguna esperanza?— pregunté.

—¿De qué?

—De volver a lo de antes— dije.

—No, parece que no.

—Es horroso— comenté, recorriendo con la vista las desmanteladas habitaciones.

—He hecho lo que he podido.

—Sí, claro.

—Entonces... ¿No volverá?

—Parece que no.

—¿Por qué?

—No lo comprendo. Es la verdad. No puedo entenderlo. Jamás imaginé que partiendo de una insignificancia se podía llegar a la tragedia; nunca pensé que la vida fuese una cosa tan frágil y tan estúpida.

—¿La quieres todavía?

Estaba, como digo, sentado frente a mí y me escrutaba, esa es la palabra precisa, atentamente, mejor dicho aún: me taladraba, con una suerte de gozo maligno, sombrío... Es terrible no poder mentir.

—Sí, mucho— confesé penosamente.

—¿Con toda seguridad?

—Con amarga certeza.

—¿Y ella?

—También, no puede haber cambiado en eso. ¡No tiene motivos reales!

—¿Entonces por qué no vuelve?

—Porque se siente segura. Tiene los niños y sabe que la quiero; desea castigarme. Volverá cuando "ella" quiera, cuando lo estime conveniente.

—¡Pero eso es una aberración!

—Sí, ya no puede volver. Ya no es posible.

—Pero...

—Uno tiene que ser algo, ¿verdad? creer en algo.

—¡Pero el corazón!

—Terminará por dejar de gritar.

—¿Lo crees? ¿No te ahogarán sus gritos?

—¡Tengo que soportarlos!

Traté de ser conciliador.

—Quizás piensa que la ruegas sólo por los niños.

—No, le dije incansablemente que lo que me hacía falta era su compañía.

—Parece cosa de locos.

—No encontrando respuestas es como se llega a la locura.

—Lo inexplicable existe; lo sin condena existe aún para Dios. Quizás procedas muy apresuradamente. ¿Cómo nació el fracaso?

—No lo sé... ¿Qué hacen en su tiempo libre los que no escriben?

—Bueno, pasean, van al cine, conversan; algunos ayudan en los quehaceres de la casa; juegan con sus hijos, los ven crecer; se sienten orgullosos, en fin: se acuestan, se levantan.

—¿Y eso es la felicidad?

—Parece.

—Yo hacía casi todo eso.

—Claro, pero con una expresión de fastidio tan grande en el rostro que...

—No era fastidio, era preocupación. Siempre estaba deseando comenzar o terminar algún escrito.

—Ese es el gran obtáculo: debiste dejar de hacerlo.

—Estaba entronizado en mí, me completaba... Además cualquier mujer se hubiese sentido halagada, contenta...

—Eso es discutible. La mayoría de los escritores fracasan en su matrimonio. Su mundo es más amplio, más cruel o más hermoso que el de los otros, no lo sé; pero en todo caso es distinto. Por lo demás Valeria no es cualquier mujer: es una hipersensible. Su infancia maltratada, su difícil adolescencia, en fin, necesita más afecto,

más seguridad. No es egoísmo, es hambre de estabilidad.

—Dejar de escribir, olvidar madre y hermanas, transformarse, diluirse.

—No te compliques demasiado. Matar el pasado sueña trágico. Digamos entrar a un mundo nuevo.

—Negar todo lo anterior.

—Superarlo. Siempre se va ganando y perdiendo poderes, en este viaje.

—No puedo entregarme íntegro, no puedo mimetizarme en ella, no soy un camaleón. Por ejemplo, asegura que su madre, maldita sea, nunca le dio un beso y que ella va a criar igual a sus hijos porque si no salen atrevidos y sueltos. En nombre de la armonía, ¿tengo que soportar eso? Es dura con Talía, quiere que le obedezca ciegamente en todo, le roba la alegría, la desconcierta, la aturde con gritos terribles: “¡No toque eso!” “¡No se meta ahí!” “¡Estése tranquila!” Sí, sí, la quiere mucho, pero los niños necesitan ternura, no buenos deseos. Me llama hipócrita, porque después que le digo algo duro, cuando llego a decirle, la beso y la abrazo; no puedo evitarlo, qué voy a hacerle ¡Son hijos, no estropajos! Yo creo que el juez más imbécil me daría la razón. ¡Tendría tanto que contarle!... Cierta vez que íbamos a salir, comenté:

—Parece que el abrigo le queda un poco largo a la niña, Vale.

—¿Quién te dijo eso?— contestó agresiva.

—Nadie, ¿quién me lo iba a decir? Yo lo estoy viendo.

—Si quiere sale con nosotros, si no, no.

—No he dicho tanto.

—¡Yo la visto como quiera y nadie tiene que meterse!

—¡Soy su padre!

—¿Quiere no calentarme la cabeza?

—¿Por qué te voy a calentar la cabeza, imbécil? ¿No puedo opinar nada? ¡No soy empleado tuyo, soy tu marido!

—Un calzonudo eres metiéndote en cosas de mujeres. ¡Y no voy a ninguna parte! ¡Póngase a escribir sus por-

querías nomás, por eso anda poniendo peros cuando vamos a salir!

Y no había caso de hacerla hablar una palabra más. Ninguna razón era capaz de conmoverla. Ni Talía haciendo pucheros, ni yo riendo de lo ocurrido. Cuando más, decía: "Soy así y no puedo cambiar".

Y no cambia.

La he ido a ver varias veces. Sus padres me aborrecen. Miran hacia otro lado cuando llego. A mi me repugna la vieja. Valeria se limita a repetir una y otra vez: "¿Y para qué vamos a volver a lo mismo?" La última vez que lo dije, me ofusqué grandemente:

—¿Pero qué es lo mismo? ¡Qué!

—Tus malos modos, tus insultos; todo.

—Dime serenamente, ¿Cuándo te he insultado y por qué?

—Siempre, por todo.

—Esa no es una respuesta.

Hizo un gesto de desagrado.

—¡Contéstame!— exigí.

—¡Qué sé yo! Déjame tranquila, esta no es tu casa.

Seguí hablándole, pero ya no contestó. Sentí llorar al niño y fui a verlo. Este encuentro me emocionó. Estaba lindo; gordo y rosado. La piel de su cara, fina y reluciente, parecía un crepúsculo de loza... y qué negros se ven sus ojos. Lo besé.

—¿Para qué te haces el buen padre ahora?— dijo ella.

—Todos los hombres son iguales— la ayudó su madre— desde la otra pieza—; después que hacen la grande, se arrepienten.

Reprimí un insulto.

El viejo sonreía horriblemente, sentado en su sillón. Es jubilado. Enteramente jubilado: del trabajo, del amor, de la pena, de la alegría y de la furia. En las mañanas manda a comprar el diario y después se arrellena. Que afuera haya sol o llueva no le interesa; tal vez ni sepa que existe un afuera.

—Valeria —pedí— déjate de comedias, vámonos.

—Aquí estoy bien.

—Esta no es tu casa.

—Pero estoy tranquila.

—¿Cómo puedes sentirte bien, lejos de todo lo que es realmente tuyo? ¿No eres de carne y hueso?

—Tengo mis hijos y nadie me trata mal. Voy a trabajar para ellos. A usted no le recibo un veinte más.

—¿Trabajar? ¿Y por qué?

—¿Cómo por qué? Para ellos, pues.

—Como en los dramones radiales: la mujer abandonada, maltratada que... Es ridículo. Además los niños no son tuyos.

—¡Y de quién son entonces!

—De los dos; a los dos nos necesitan.

La niña nos miraba, tensa, preocupada. La echó con violencia, no por lastimarla a ella, sino a mí. Una vez más lo consiguió.

—Ya la estás gritando como loca; la tienes enferma de los nervios.

—¡Llévatela, llévatela, pues!

—¡No grites, reflexiona!

Se dirigió a la vieja:

—¡Dígale a este desgraciado que se vaya de aquí!

Parecía a punto de romper a llorar. Subió casi corriendo al segundo piso y volvió con un atado de ropa que me tiró a la cara. Luego cogió a Talía de un brazo y la empujó hacia la puerta. Una oleada de indignación me arrebató. Avancé hacia ella. La vieja se puso a gritar atrocidades. La niña lloraba en la calle.

Valeria sintió miedo, miedo y desesperación. Sus ojos no eran los de un demonio. Eran los torturados, los martirizados ojos de una loca. No pude hacerle daño.

Talía temblaba. La tomé en brazos hasta que se calmó. Por el camino le compré chocolates y después fuimos al zoológico; no se me ocurrió nada mejor. Pero fue una excelente idea: ella se alegró y yo renací un poco en esa mañana llena de sol, teniéndola junto a mí, riendo y pi-

diéndome cosas casi sin interrupción. No recordó a Valeria. Yo sí.

En la tarde la llevé al negocio de mi madre y allí se entretuvo alborotándolo todo.

Ellas me abrumaron a preguntas sobre el futuro. Mas no pude responderles. La visión de Valeria, con las mejillas llenas de llanto y la voz quebrada, me apenaba y confundía. No, no consultaría con un abogado. No me encontraba con valor para soportar una separación definitiva. ¿Entonces, no me dolía su acción? Desde luego, hermanas, nunca Valeria, mal haya el día que la encontré, podrá pagarme este tiempo de morriña y soledad. Esas interminables noches sin dormir, llamándola con la quemante certeza de que no vendría y que si llegaba, eso era lo peor, ya no podríamos volver a ser los mismos. Estábamos marcados, condenados para siempre al encono, al pánico a la disconformidad. En mí no queda nada bueno. No pregunten, madre, hermanas; no sé lo que deseo. La vida es un fraude, un túnel ciego; una larga duda que desemboca en la muerte, sólo eso, es inútil todo esfuerzo... O quizás no lo sea... Lo único que puedo decir es que siento un calor enorme en la nuca y una sensación de ahogo que no me deja; sí, también me tiemblan las manos, y la cara se me ha puesto roja y los ojos brillantes, pero no estoy enfermo ni me he convertido en un ebrio; duermo mal, eso es todo... Mañana me pondré a escribir. No se preocupen por mí. Ya les dije que la vida es un jeroglífico... Quizás Valeria vuelva y la abrace y comencemos de nuevo ¿No hay que comenzar siempre de nuevo?

Talía, contra todas las predicciones, no lloró. Tal vez fuese debido a que jugó mucho o a que nosotros le consentimos todo, el caso fue que se acostó con Ema y no despertó hasta el otro día.

Andrés no aprobó esto.

—Dile a Dios que se meta en la cabeza de Valeria—  
le dije virulento.

—¿Por qué te has traído la niña?

—La echó; a ella y a mí.

—¿Crees por ventura que lo hizo de corazón?

—Me he pasado la vida disculpando sus arrebatos, ¿y qué he obtenido? desmoralización y enojo.

—Se da y se recibe, hermano; el que da alegría recibe alegría, el que da palabras envenenadas recibe palabras envenenadas: cada hombre tiene lo que merece y eso no puede cambiarlo nadie... ¿Te sientes mejor ahora que no perdonaste?

—Yo también soy humano, Andrés, tengo un alma que protesta, que exige.

—Conocerás a Dios, pero no sabes nada de las mujeres —intervino Elena— Job no desea ser un santo, desea vivir.

Sentí que aquella palabrería me sofocaba, solté un exabrupto y salí a pasear con Talía.

En la tarde dijo que quería ver a la mamá.

Le compramos revistas y dulces. Pareció olvidarse. Pero al caer la noche volvió a insistir y ya nada la conformó. Mi madre se puso nerviosa y yo me irrité, porque no quería separarme de ella. Pero terminé por llevarla.

Me abrió el viejo.

—Ellas están arriba— dijo.

Valeria no parecía disgustada.

—¿Ya volvió? ¿No se la había llevado tan guapo?

La tomó en brazos y la apretó fuertemente contra sí. Le pregunté por el pequeño.

—Arriba está, anda a verlo.

Como te digo, no parecía contrariada, hasta sonrió al verme. El regocijo se expandió ávidamente por mi interior. La así de los hombros e intenté besarla.

Pero entonces se apartó con violencia.

—Antes de dejarme tocar por tí, me voy a buscar hombres a la calle— dijo rabiosamente.

Sus palabras me produjeron el efecto de lava ardiente.

—Pero, Valeria...

—¡Déjame en paz, déjame, déjame! —gritó sorprendentemente— ¡Quiero estar sola, sola!

Su voz alcanzó un tono casi patético en las últimas sílabas. Detrás de su repudio había pues un amargo despecho.

—También te ha herido la separación, verdad Valeria? ¿No es tiempo ya de que seamos sinceros? ¿Por qué consumirse buscando un culpable que tal vez ni existe?

—Yo no vuelvo contigo.

—Pero, ¿por qué?

—¿No te he dicho que quiero estar sola?

—¿Y la ley?

Su respuesta me sorprendió dolorosamente.

—Usted nomás no tiene amigo abogados; yo también conozco uno y ya fui a verlo.

—No puedes hacer eso; es una locura, nadie te va ha encontrar la razón. Entre nosotros no ha sucedido ninguna cosa fuera de lo común. ¡Recapacita, piensa alguna vez!

—¿No ve? Si usted no puede estar sin gritonarme. Déjeme aquí nomás.

—Es irracional, nadie puede enojarse tanto por una insignificancia ¿por qué me rechazas? Necesito saberlo —vacilé—. ¿Y el amor? ¿Acaso no sientes nada por mí? ¿Es todo mentira?

Guardó silencio.

—Contesta. ¿Por qué insistes en parecer de hielo? ¿No sientes que te hago falta? ¿No sientes que sí, Valeria? ¿No lo confirmaste aquí, a pesar tuyo, cuando sonreíste al verme?... ¿No sientes como si sólo estuviésemos esperando una palabra; que uno de nosotros dijese algo? ¿Qué? ¿Cuál palabra? —me acerqué a ella expectante—: te quiero Valeria —dije— te necesito; me haces mucha falta.

Percibí jubilosamente el sobresalto, la emoción que le causaron mis palabras. Se dio vuelta y me miró de frente. Me vió sonreír, pero su rostro no se alteró.

—Me dejaste sola —dijo—; a mí y a los niños. ¿Por qué dejaste que me fuera?

Había en esta insólita acusación tanto rencor y frus-

tración, que su poder de tragedia era superior a cualquier otro.

Me enardecí.

—¡Puedo matarte, Valeria; no soy un niño! ¡No se trata de una comedia, somos humanos: entiende!

—¡Matarme! ¡Ojalá lo hicieras!

—¡Pero qué más puedo decirte, qué!

—¡Nada, nada; déjame tranquila!

Comenzó a sollozar entrecortadamente.

Entonces apareció su madre. Desde la mitad de la escalera sentenció teatralmente:

—¡Usted no me entra más a esta casa!

La miré en silencio. Los mismos modales de Valeria. El mismo gesto de rabia endureciéndole las facciones, los mismos ojos de furia y tristeza; el mismo corazón cerrado a la verdad.

—Tengo que ver a mis hijos— balbucí.

—Claro, a sus hijos: su mujer no le importa para nada.

—¡Nunca he dicho eso;

—¡No grite en mi casa!

—“¡No grite en mi casa, no grite en mi casa!” —le remedé furiosamente— ¡Tropa de locos!

Valeria se metió en la cocina, como si aquello no tuviese nada que ver con ella.

Un profundo abatimiento cayó sobre mí.

Su madre se me había acercado tanto que nuestros rostros casi se topaban. Gesticulaba desmañadamente, como un títere. Sus ojos estaban rojos y llenos de lágrimas. Me dio pena. El viejo trataba de calmarla sin ningún entusiasmo.

No dije una palabra más. Era demasiado lo que tenía que decir.

Talía me llamó desde arriba.

Luego la sentí llorar.

—¿Y?...

—...

—¿Y?... —repetí.

—Y aquí estoy.

—Claro, aquí pero...

—Han pasado siete meses: no volverá.

—¿Entonces?

—¡La quiero viva! —grité fuera de mí.

Y entonces descubrí que estaba hablando solo.

Sentí un desgarrón enorme dentro del pecho. Mis manos comenzaron a temblar. Las miraba y era como si no me perteneciesen. La absurda sucesión de hechos se me introdujo de nuevo bajo el cerebro, como hambrientas bestias desatadas.

Huí hacia la calle como un loco.

Afuera me envolvieron tantos ruidos que me pareció que la ciudad iba a estallar. Sentí repicar las campanas de una iglesia cercana, el aullido de un vendedor de no entendí qué cosa, el rechinamiento de las ruedas de los vehículos que se detenían ante el semáforo; los chirriantes cambios de velocidades, perros asustados, radios puestas a todo volumen; suplementeros, charlatanes, niños que hablaban a gritos. Había llegado el verano y la vida hervía en las calles. ¡Cuánta gente! Gente que ríe, gente que grita y gestícula, gente contenta que se detiene y se saluda besándose en la cara, gente con paquetes bajo el brazo, increpando niños, gente con alegría, con pena, con preocupación y con temor y con odio; gente que transpira, con los brazos desnudos y los pechos descubiertos: gente, gente, viviendo frenéticamente, sin pausa, sin respiro; sin un sólo momento de descanso.

Ese violento crepitar de vida ahondó mi exasperante confusión. Eché a andar rápidamente, apartando a la gente poco menos que a codazos. Pero pronto me dí cuenta de que no iba hacia ninguna parte. Que no tenía donde ir. Me detuve y la gente me zarandeó desconsideradamente. ¿Para dónde iban? ¿No se detendrían nunca? Quise avanzar pero el ruido de las bocinas y el murmullo de la muchedumbre me aturdió; ví por todas partes grandes edificios y sobre ellos luces rojas y verdes, que se encendían

y apagaban sin cesar. Rojo y verde, rojo y verde y amarillo y blanco. Y de pronto, la pregunta "¿Quién soy yo?" "¿Qué hago aquí?" Yo no quise hacerla; surgió sola desde mi brumoso interior; era un inconsciente, un torturador intento de atrapar algún punto de apoyo en el caos insoporable de la existencia.

Sí, ese monstruo chirriante y multicolor fue el que me precipitó al... bueno, a éso, llámenlo como quieran. Perdidó en medio de él, comprendí que era imposible sobrevivir sin amor, y, a la vez, que la vida humana pierde su sentido en un mundo donde no existe la dignidad.

Así fue.

Así sucedió todo.